

LOS LIBROS

LA LLAGA, por MARCIAL SUAREZ.—Colección
"El lagarto al Sol".—Madrid, 1949.

Hemos querido, ante esta novela de Marcial Suárez, colocarnos desde el primer plano en analistas fríos, en críticos minuciosos, cosa que nos fué imposible. Se hizo necesaria una segunda lectura para valorarla en el estricto sentido literario, porque la anécdota nos arrastró tras ella, ocupando toda nuestra atención el desarrollo de su acción y la llegada a su desenlace. Esto, según nuestro criterio, no es mal punto de referencia para la novela, porque indica el interés que la anécdota en sí lleva; cosa que, como arranque en el hacer novelístico, nos parece fundamental. *La llaga*, en este sentido, está lograda, ya que sus personajes encierran ese misterio del que efunde el suceso novelable, imprescindible en este género literario, y posee la narración fuerza y emotividad.

Mas, para el mejor desenvolvimiento de este trabajo crítico, vamos a seguir una norma por nosotros establecida siempre que de novela se trata: considerar por separado los tres elementos que la integran; es decir, personaje, ambiente y misterio. De los tres elementos puede hablarse al referirnos a esta novela de Marcial Suárez, porque todos ellos existen, si que unos con mayor efectividad y mejor logro que otros.

Pasa con los personajes de *La llaga*, que unos se le sublevan

al autor por exceso de personalidad, por perfecta humanidad conseguida, en tanto otros —tal vez porque fueron creados como tipos de contraste, como acompañamiento, para que el protagonista se encuentre y tropiece con ellos, perfilando así su personalidad, o acabando un momento psicológico que interesa para la marcha de la novela— nos aparecen atados de pies y manos, sometidos absolutamente a la voluntad del autor, que los maneja a capricho, y terminan actuando como muñecos de guiñol o autómatas obedientes al resorte movido por su creador.

A este último censo pertenece el que pudiéramos llamar promotor de cuanto en la novela sucede: Ernesto. Promotor, porque ante su conducta y sus actos reacciona el protagonista, o protagonistas, pues uno de los personajes, que en la intención inicial del autor parece que va a ser un personaje anecdótico —Ramonciño—, a medida que la novela avanza se va imponiendo, y concluye por superar al protagonista. Este —Juan de Escudeiros—, en cambio, que comienza siendo un tipo espléndido de novela, con atisbos legendarios, acaba —tal vez por un afán de su autor de hacerlo personaje de tragedia en lucha con su destino— falseado, patético con truco y un tanto arrastrado hasta el final. Un tipo entero y bravo, guiado por los dictados de su conciencia y noble en todos sus actos —aun en sus actos de Don Juan pueblerino—, que es como lo traza el autor en un principio, no se corresponde, en su reacción final, con ese ente de espíritu enfermizo y débil, dado a creencias y supersticiones.

El personaje más conseguido, seguramente, en esta novela de Marcial Suárez —advirtiendo la sublevación contra el autor, al que se impone quizá por ser una realidad vivida—, es el Ramonciño. El proceso psicológico es perfecto en este tarado, ingenuo y limpio primero, resignado con su vida limitada, en el que va, poco a poco, prendiendo el veneno de la contemplación exterior, del contraste de la vida que le circunda con su propia vida y el poco o ningún aprecio que de él y de su invalidez hacen los demás. Todas las etapas por que pasa su mente hasta alcanzar el resentimiento furioso están dadas con exactitud y sencillez —dadas por el avatar novelístico—, sin caer en pedanterías psicoanalíticas, tan en boga hoy.

Otro de los personajes bien trazados y conseguidos de la obra es Soledad, aun en su paso corto y casi forzado por la novela. Está nimbada de una poesía llana y serena, que remansa en ella la acción y la anécdota.

En el ambiente —tal vez por pura coincidencia geográfica o puntos de contacto originarios— Suárez se muestra valle-inclanescos en determinados momentos, y en otros pasajes, excesivamente tipicista, con premeditado afán de retratar la realidad, más que de conseguir buen campo para las evoluciones novelísticas de sus personajes. Por eso se le queda pequeño muchas veces, tal vez porque el personaje lo pensó demasiado en grande. Tan en grande, que escapa de los problemas propios de la rusticidad en que está situado, para presentársenos con conciencia y mentalidad universitaria, con conflictos y dudas típicamente intelectuales. Juan de Escuderos, personaje rústico, centrado en un ambiente de rusticidad indudable, no puede llegar a disquisiciones y sutilezas que están fuera del espíritu rural. Todos estos problemas, en su mente, aunque llegando a idéntica conclusión, tenían que haberse resuelto de una manera más sencilla y con un planteamiento simplista. Y es muy probable que así planteados hubieran ganado en grandeza y emotividad.

Mas esto, que si lo apuntamos no es en calidad de falta, es producto de una limitación de idioma que se observa a través de toda la novela. Limitación en el juego de la palabra y en la proyección de las palabras hacia la imagen. Cosa que la juventud de este indudable novelista que nos aparece con Marcial Suárez, corregirá en su marcha hacia la madurez.

EUGENIO MEDIANO FLORES.

"ALBERTO", por JOSE LOPEZ RUBIO.—Editora Nacional.—Madrid, 1949.

Hace unos meses que D. Luis Escobar y D. Huberto Pérez de la Osa tuvieron el acierto de llevar al escenario lleno de solera y de nostalgia del María Guerrero una comedia de José López Rubio. *Alberto*, que tal es el nombre de ésta, llevó a la sala de la Princesa mucho público, y la crítica se mostró, de un modo casi unánime, satisfecha por la vuelta al teatro de un escritor dotado de la gracia y del talento de José López Rubio.

Por su regreso y por hacerlo con una comedia de singulares valores, como era, como es, diremos mejor, ya que continúa vigente en los escenarios españoles, *Alberto*. Ahora, cuando aun resuenan en diversas salas provincianas los aplausos al final de cada uno de